

alcaide Nicolás Marí: si la venida de D. Juan I y su corte en 1395 pudo en parte realizar aquellos festines y aquellos caballerescos y sabrosos deportes, las exacciones y los castigos que consigo trajo á la isla por sediciones anteriores, á muchos la hicieron llorosa, á todos sensible; la guerra civil pasó por él con sus horrores, y las turbas feroces de la ciudad y de los distritos lo entraron en 1521 con muerte del gobernador y de los caballeros allí refugiados y dándolo á saco (1); y últimamente, sirviendo apenas á la defensa de la isla, trocóse su primitivo destino, y aquella noble arquitectura vino á ser morada del dolor, del infortunio ó del crimen (a).

(1) La estrechez de los límites que hemos tenido que dar á esta TERCERA PARTE nos priva de tratar la *Guerra de los Comuneros* con la extensión con que la habíamos proyectado y á la cual nos brindaban los materiales que poseemos (a).

(a) A menos palabras aún probé de reducir en 1852 la variada historia de Bellver, al describir el hecho oficial añadido entonces en 21 de Abril á sus anales con la visita de la infanta D.^a Luisa Fernanda y del duque de Montpensier su esposo: «Allí, escribía, la residencia de los buenos reyes de Mallorca; allí la valerosa resistencia de Nicolás de Marí en 1343 á las tropas del usurpador Pedro IV; allí los locos saraos y devaneos de Juan I *el Cazador* que empobrecieron la isla; allí el feroz asalto de los comuneros en 1521 y la matanza de Pedro de Pachs con otros caballeros; allí la celeste aparición de la Virgen al humilde lego Alonso Rodríguez, y el noble cautiverio de Jovellanos que describía con amor los muros de su cárcel, y el postrer suspiro de Lacy fusilado por su prematura tentativa». Dramáticas escenas, desenvueltas ó siquiera indicadas atrás en la parte histórica, ha presenciado el castillo desde que guardó de paso después de la batalla de Lluchmajor á los huérfanos y á la viuda de Jaime III: ya durante las sediciones de 1391, combatido por los payeses y asegurado con mutua salvaguardia al joven Mosqueroles por un lado y á los rehenes detenidos por otro (pág. 218 y siguientes); ya hospedando por tres meses la corte de Juan I (pág. 233); ya en 1448 aperciéndose contra las galeras venecianas ancladas frente á Portopí (pág. 256); ya invadido con horrible carnicería y saqueo por la plebe agermanada (pág. 364); ya en la primavera de 1523 asilo del virrey Gurrea contra la peste, y custodia de sus prisioneros reservados al suplicio (pág. 420 y 422); ya reforzado con obras y artillería en defensa de la ciudad en 1535, 1544 y 1558 á cada alarma de turcos (pág. 430, 35 y 46); ya herido en 1567 de un rayo que causó devastador incendio (pág. 458 not. 2); ya depósito de bandoleros indígenas para las levas en 1639 (pág. 504), y para galeras ó presidios en la extirpación definitiva de 1666 (página 532 y siguientes). Tales recuerdos por fortuna no han dejado huella sino en la fantasía; el único cabalmente dulce y consolador, el de la visión del santo portero confortado en la fatigosa cuesta por la Madre de Jesús, ha hecho brotar de

(a) Contaba entre otros documentos el autor con la relación coetánea del sitio de Alcudia por el notario Miguel Sabater, á que me refiero pág. 374 en la nota, pero no con otros muchos descubiertos posteriormente. Sensible es que no llegara á ocuparse de este gran suceso.

Los antiguos habían destinado para cárcel algunas de las piezas en que el Homenaje se divide; y en lo más hondo de esa torre, allí donde el ancho talús la rodea, abrieron un horrendo calabozo llamado *la Hoya* (a), sin más luz ni aire que el sombrío crepúsculo y el fétido y húmedo ambiente que una estrecha y espesísima saetera comunicaba, sin más entrada que el agujero practicado en su bóveda, cerrado entonces con una tapadera de hierro, que sólo se abría para descolgar y alimentar al desventurado que había de vivir en aquella sepultura. En los tiempos modernos, ya que la desaparición de la tapadera y la soledad del Homenaje publican los adelantos de una legislación más humana, los bosquejos y los borrones desparcidos por los muros de las cámaras entristecen el alma, diciendo cuántos suspiros han sonado debajo de aquellas bóvedas, y cuánto más las han poblado ahora las guerras, los bandos y las ambiciones que entonces la barbarie. Un mapa de la isla delineado en la pared anuncia que allí Jovellanos opuso la resignación y el estudio de las bellas letras á las privaciones y á los sufrimientos (b). En aquella misma pieza estuvo la víspera de su muerte un general desventurado; y en uno de los escuditos que forman la faja de la pintura, al nivel de la vista, con un punzón ó clavo y, según es fama, de su propio puño escribió las siguientes palabras: *Sentado en este sitio, Lacy pidió pan al centinela, desfallecido de necesidad* (1). Y en torno de estos recuerdos de dos grandes

pocos años acá entre los densos pinos, para mayor amenidad de la agreste falda, un santuario cubierto de pinturas, donde se reza á todas horas, y cuya soledad contrasta con el bullicio que corre al pie de la colina al través de una población improvisada desde Palma hasta Portopí.

(a) Vulgarmente *la Olla*.

(b) Prolongáronse con su prisión seis años, desde la entrada del 1802 hasta los primeros días de Abril de 1808, en que con la caída de Godoy se le puso en libertad.

(1) En uno de los baluartes modernos que se construyeron en la barbacana, á la parte de poniente, hay esta lápida: *Aquí fué fusilado el Excmo. Señor Teniente General D. Luis Lacy el día 5 de Julio de 1817 á las 4 y 10 minutos de la mañana, víctima de su ardiente amor á la Libertad. La Patria recuerda con entusiasmo sus glorias militares y llora sus virtudes. Esta lápida es un pequeño tributo que ofrecen á su grata memoria la Milicia Urbana y Liberales de Palma.*

infortunios, en los antepechos y en las almenas de la plataforma grabaron los suyos otros ciento, víctimas oscuras de los combates y de la ambición ajena. Un idioma extranjero reina en la mayor parte de aquellas inscripciones; y aunque toscas y desaliñados los versos, todas conmueven con un afecto profundo de dolor y de piedad, porque todos hablan de la libertad, de la bella Francia, de los ríos amigos de la niñez, de los campos natales, de la casa paterna, de las esperanzas que hacían llevaderos la prisión y el destierro.

Por esto hoy menos que nunca es dable resucitar en él las figuras poéticas de los buenos tiempos, harto breves en verdad, en que la casa mallorquina rodeada del amor de sus vasallos y en el seno de la paz iba asentando su reino independiente; y el aspecto de las más de sus partes exteriores bien se aviene con aquellas letras que anuncian su moderno destino. En algunos de sus lados desunidos los sillares y gastados por el viento, por el sol y por la lluvia, imprimen al muro un carácter fúnebre y ruinoso, mientras el color negruzco de los otros que se conservan íntegros entristece los ojos, y el musgo que los tapiza aumenta lo tétrico del conjunto. Crece la hierba en todas sus juntas; las flores silvestres abren á las auras sus pintadas campanillas en lo alto de las paredes; y del pie de los garitones cuelgan ondeantes las plantas y los arbustos, cabellera hermosa y fatal de los viejos monumentos. Los pájaros anidan impunemente en sus numerosas grietas, que cada vez van más y más ensanchando; y cuando la luna levanta del mar su disco sangriento, las aves nocturnas aletean en las profundidades del foso, ó asoman junto á las aberturas de las albacaras. Aquella es la hora de las meditaciones sobre su pasado; y si al colorar sus torres el sol naciente por entre la arboleda semejó al artista y al anticuario mansión de encantos y de aventuras, ahora al tibio rayo de la luna, que sin disiparlas hace resaltar las masas de las sombras, al siniestro cantar del buho y en la quietud de la noche place recorrer sus aposentos ó abismarse en la contem-

plación al pie de las sombrías murallas. La impresión fantástica primera revive con más fuerza, y la imaginación, ya herida, con facilidad se presta á los objetos de terror y de melancólico entusiasmo.

¡Si entonces á lo lejos sonase hondamente la campana que marca la primera hora, si del alto Homenaje descendiera un suspiro, si callando y pausadamente abriesen una de aquellas puertas de los aposentos, y saliera por ella una figura misteriosamente velada, que sin ruido y con una luz en la siniestra mano fuese rodeando la galería y contase uno por uno los pilares imprimiéndoles una palmada, y luego dada la vuelta, con la misma pausa y silencio se volviese por aquella puerta y volviese á cerrarla!...